



Bosque virgen entre Matura y Fondicuara en el Brasil.

SEGUNDA SERIE.—1861.

AÑO XIX 26.

tacion, que desafiará por largo tiempo al trabajo de los hombres.

En estos parages tan poco explorados en provecho de la ciencia, vivía en otro tiempo la poderosa nacion de los homaguas, estendida igualmente sobre el inmenso territorio de la Guyana. Aquellos hombres activos y animosos, pretendian en las orillas del río de las Amazonas, las mismas preeminencias que reclamaban los goicuros sobre las del Paraná. Proclamábanse altamente los primeros entre los hombres, los supremos dominadores del bosque, se decian los dueños de él nacidos de otros indios. Los homaguas, cuya existencia se remonta y une al famoso mito de el Dorado, se formaban una estraña idea de la belleza humana. Segun ellos se alejaba del tipo de la perfeccion reservada á su raza, desde que no conseguian á fuerza de arte y de paciencia redondear el rostro de los guerreros de modo que presentase el aspecto de la luna llena.

Algunos viajeros, y son los mas modernos, afirman que no era tan alta su pretension, y que al aplastarse así la cara su único objeto era el de hacerla parecer á la concha de una tortuga.

Sin tratar de examinar aqui el género de modificacion intelectual que podia producir semejante deformidad de la caja huesosa del cerebro, diremos que los cambebas ú homaguas debían ser mas bien considerados como pueblos bárbaros, que como salvages propiamente dichos. Sabian tejer telas con que se fabricaban una especie de túnicas, y la Europa no podrá olvidar que á ellos les son debidas las primeras noticias y datos que se han tenido sobre el uso del *hevea geanensis*, ese precioso cautchoc, sin el cual ya no puede pasarse la industria. Sus habitaciones, llamadas *malocas*, compuestas de chozas, hechas con verdes ramas, estaban abrigadas por las mas bellas palmeras y reinaba siempre en ellas la abundancia.

Sería fatigar á nuestros lectores el ponerles aqui la árida nomenclatura de los pueblos que vagaban á lo largo de las fértiles orillas del Río de las Amazonas, antes de la conquista. Estas tribus eran tan considerables, que un indio, tratando de dar una idea de su multitud sobre el río y sus afluentes, cogió un puñado de arena en la orilla y lo dispersó en el aire, y afirmó á un viajero que los granos que así tiraba hacia el cielo no daban sino una idea débil é inexacta de la poblacion de los bosques. Sin detenernos en esta figura de retórica salvaje, breve y compendiosa, podemos afirmar que sobre el mismo río la poblacion de los homaguas, tan estendida antes, no presentaba menos de cuarenta mil enemigos.

Los cambebas ú homaguas hablaban la armoniosa lengua de los guaraníes, que formaban las misiones de los jesuitas del Paraguay.

Acabamos de pronunciar la palabra «misiones.» Nadie sin duda hoy ignora lo que fueron las del Paraguay, empero, ¿quién sabe ahora lo que fueron en otro tiempo las del Río de las Amazonas ó de Río Negro? Y sin embargo, aunque menos célebres, están rodeadas de grande interés. Algunos autores las quieren hacer subir al final del siglo XVI á la época en que el infatigable padre Ferrer comenzó á recorrer los bosques de Huallaga y de Napo, catequizando los indios con peligro de su vida. Esta fecha es tal vez demasiado antigua. Para tener una mas exacta es preciso referirse al tiempo en que la gran nacion de los maynas, habien-

do sido mas bien destruida y asesinada, que sometida, inspiró bastante interés á uno de los vireyes, para que pidiese al provincial de los jesuitas, padre Francisco de Fuentes, residente en Quito, obreros evangélicos, capaces de reunir de nuevo á los indios errantes. Esto nos lleva al año 1637.

En esta época un religioso sardo, el padre Gaspar Cugia y el padre Rivera, que habían ya vivido entre las naciones indianas, no temieron penetrar en aquellos grandes bosques desconocidos que hasta entonces solo habían recorrido aventureros movidos por la esperanza de sacar alguna ganancia. Estos fueron los primeros misioneros que animosamente exploraron el alto Amazona. Pasaron el Pongo de Manseriche y llegaron al centro de las regiones donde el río rodeado en ambas orillas de espléndidos bosques corre sin obstáculo hasta el Océano.

El padre Gaspar Cugia no encontró un solo pueblo en pie entre los maynas. Comprendió la inmensidad de su empresa y comenzó por fundar en San Borja un seminario, en el que pudiesen aprenderse los idiomas indios y formarse en la ciencia tan difícil del apostolado.

Otro misionero español, el padre Cueva, vino muy pronto á ayudarle con sus generosos esfuerzos, y en 1640 se levantó la primer poblacion india bajo el nombre de Nuestra Señora de Yéveros de que fué fundador el padre Lucas. Muy en breve los restos de las poblaciones maynas se fueron reuniendo en pequeñas aldeas.

Todavía le parecia todo esto poco al intrépido misionero italiano y se dirigió hacia el Ucayale sobre las orillas de un gran lago desconocido, que habitaba la feroz nacion cocama procedente de los homaguas, y ya en 1644 había sometido mas de once mil guerreros pertenecientes á aquel terrible pueblo.

Al año siguiente, el padre Cugia, ayudado de numerosos misioneros americanos hizo mas todavía. Fué á buscar y á encontrar á aquellos famosos homaguas que las antiguas crónicas se complacen en llamar los fenicios de la América. Sometió á aquellos hombres que se jactaban de ser la primera nacion del universo, y mas de treinta mil neófitos reunidos en aldeas, animaron pacíficamente las orillas del río de las Amazonas. No había olvidado entretanto á los maynas dispersados de nuevo; al cabo de ocho años de asíduos trabajos se hallaban sometidos de nuevo.

Consignamos únicamente el origen de estas misiones, no hablaremos del desarrollo de estos establecimientos religiosos ni nos detendremos á contar el heroismo de los mártires. Nos limitaremos únicamente á decir aquí que las misiones del río de las Amazonas durante ciento treinta años, que sometieron mas de ciento cincuenta naciones y que de estas sobre cuarenta hablaban lo que se llama un lenguaje primitivo.

No queremos dejar de decir á nuestros lectores qué es lo que se hizo de esos homaguas cuya existencia se refiere mas particularmente al bosque vírgen cuya vista les presentamos.

Catequizados por la primera vez por el padre Cugia en 1644; evangelizados despues por el padre Lucen, que se fué á encontrarlos en sus islas en 1681, fueron en 1687 el objeto de toda la solicitud y cuidado de un jesuita alemán el padre Samuel Fritz, que reunia en sí por sus luces y por su energía todas las virtudes de un apóstol. El padre Fritz hizo salir de sus islas á los homaguas, y sembró con sus

poblaciones las orillas de las Amazonas. Estas aldeas indias llegaron al número de cuarenta, y el padre Fritz cubrió con ellas un espacio de 250 leguas.

No se puede en pocas palabras espresar aquí la abnegación y los trabajos de este infatigable sacerdote. En 1687 sucumbiendo á la fatiga cayó enfermo y creyó que no habría salud para él sino volviendo al Océano. Bajó por el río hasta Belén, capital de el Gran-Pará, empero allí se vió detenido como si estuviese prisionero. Acusáronle no sin algun fundamento de haber pasado los límites del desierto en provecho de España. Verdad es que muy pronto fué puesto en libertad, y pudo volver á subir el río de las Amazonas, de donde pasó á Lima, capital del vireinato del Perú. A principios del siglo XVIII, el intrépido misionero tuvo el sentimiento de ver los peligros que amenazaban á su obra de civilización.

Cuando la guerra de sucesión en España de 1708 á 1710, el padre Samuel Fritz se hallaba ausente de los magníficos bosques donde se levantaban en paz las seis misiones cuya dirección había confiado al padre Juan Bautista Sana y que fueron atacadas por los portugueses.

A fines de 1710, se presentó un general delante de Maturá con veinte y una embarcaciones, llevando á su bordo ciento treinta soldados y trescientos indios. La población india de aquella floreciente villa, quedó dispersada sin grande esfuerzo. Otros religiosos pertenecientes á la órden de los carmelitas, y que hacia muchos años catequizaban con fruto los pueblos del Río Negro, se establecieron entonces en las aldeas que habían fundado los jesuitas.

Los homaguas vencidos, no quisieron someterse á estos religiosos, aunque muy recomendables por su celo. Se marcharon á la intendencia de Tarma, donde aumentaron el número de los súbditos de un soberano Inca, que los cronistas designan con el nombre casi burlesco de *Gran Choncho del Perú*. Mr. Humbolt conocia esta leyenda y la cuenta con risa. Próximo pariente de Paititi, el Choncho había edificado palacios magníficos en el seno de los antiguos bosques donde se hacia temer de los cristianos. En 1740, recibió sentado sobre su trono, á los embajadores que la ciudad de los Reyes le envió para invocar su moderación. Hacia entonces diez años que había muerto el infatigable padre Samuel Fritz, hoy la población que ha fundado cerca de aquel bosque encantador, ha recogido los restos de los cayuví-cenas, de los jurí, de los paranas, de los xomanas, unidos á los antiguos habitantes, pero todos juntos no pasan de ciento cincuenta indios repartidos en veinte hogares.

Si se pregunta á estas pobres gentes, quizá no podrán decir el nombre del fundador de su aldea, pero su obra entre los salvajes era buena y no se ha olvidado todavía.

LA CONVALECENCIA.

Bendita sea la hora de la convalecencia. La madre de familia, que es el alma del feliz hogar doméstico, el dulce vínculo que une á los hijos, el foco donde se concentran las vivas afecciones, ha sido atacada de una enfermedad. El mal ha helado sus miembros, suspendido su benéfica actividad. ¡Cuánta ansiedad durante las largas veladas alrededor

de su cama! ¡Cuántas fervorosas oraciones á Dios! Y sin embargo, la inquietud no ha entibiado un momento los inteligentes cuidados á los que debe la querida enferma su vuelta á la vida. Hoy vuelve á nacer. Muy débil todavía, ha sido llevada á una casa de campo. Han colocado su sillón cerca de una ancha ventana. Respira allí el aire vivificante del campo, que jamás le pareció tan puro y tan suave. Sus sentidos, estimulados por el padecimiento y una larga privación, perciben con mas delicadeza los esquisitos olores que llenan la atmósfera, los risueños colores de las flores que distraen sus ojos, abrasados por la fiebre. El viento, que mece las altas copas de los árboles, el estremecimiento de las hojas, las nubes, que silenciosas se deslizan por el azulado cielo, toda aquella armoniosa y tranquila movilidad la sumerge en un dulce reposo. La naturaleza, ese divino huésped, al que no dejamos bastante sitio en nuestras estrechas habitaciones, despliega todos sus encantos para la enferma, que rodea con benéficas influencias. Sabido es el poderoso efecto que ejercen sobre una constitución débil y nerviosa, atacada de una enfermedad el brillo de los colores, la belleza y la variedad de los objetos.

Miss Nightingale, que tan de cerca ha visto crueles padecimientos, y cuya heroica abnegación y celo organizó en Constantinopla las enfermerías y los socorros, tan necesarios á los desgraciados soldados ingleses, que el cólera y las heridas diezaban en Crimea, dice en sus notables observaciones sobre el modo de cuidar los enfermos: «Jamás olvidaré el entusiasmo y la alegría de los pobres calenturientos á la vista de un ramo de frescas y brillantes flores, y el que yo misma sentí hallándome muy mala al recibir una gavilla de amapolas, cantueso, romero, espliego y flores silvestres, que habían tenido la feliz ocurrencia de enviarme. Desde entonces mi curación fué mas rápida. La acción benéfica de las flores no solo se deja sentir en la imaginación, sino tambien en el cuerpo, sobre el que el color, la luz, causan un efecto físico muy positivo y muy saludable.»

Hay un goce lánguido, empero delicioso en cada sensación que acompaña á este renacimiento. A la convalecencia, se vuelve á tomar posesión con delicia de todos los bienes que se había temido perder y cuyo valor se ha redoblado. Se abre el alma con efusión al ver la felicidad y el contento de los que han temblado por uno. Despues de gozar de los tibios rayos del sol goza uno de los rayos de ternura; ojos amantes y queridos espían sobre la fisonomía de la convaleciente los síntomas de mejoría. Atenta á la menor señal de fatiga su hija mas pequeña le trae una bebida refrigerante, en tanto que la mayor tiene en brazos un niño pequeño, que lleva en la mano un ramito de flores, que ha cogido en la pradera, y fija su vista en el paisaje que se descubre desde la ventana, buscando sus miradas á la madre, origen de su vida y de su alegría. Un personaje falta al cuadro que presentamos á nuestros lectores, empero aunque ausente preside en él. No se le ve y está en todas partes. Es el trabajador, que con su poderosa energía sostiene aquellas queridas existencias. Obrero del pensamiento, ora lo espresen por los pinceles, ó por la pluma, bien se aplique al estudio de las leyes que rigen los pueblos, ó bien á las vastas combinaciones de la industria, su poderosa iniciativa acrece el bienestar en rededor de los que ama. A él se le debe la comodidad de lo interior, la holgura en la vida, el descanso y la tranquilidad. Marchando por la



La convalecencia.

mañana al trabajo del día, volverá por la noche á completar el círculo de la familia. Todos los ojos se volverán hacia él. Todos los corazones saldrán á su encuentro porque le aguarda una gran alegría. Su amada esposa ha podido levantarse, ha permanecido sentada dos horas cerca de la ventana, ha tomado bastante fuerza para dar algun paseito por el cuarto y volverse á la cama casi sola. Mañana hará algo mas. ¡Con cuánto valor se siente el hombre! El también hará más y siempre más, por esa querida mitad de sí mismo, por los hijos con que Dios ha bendecido su union. ¡Qué carga no será ligera con la conciencia de haber

cumplido noblemente sus deberes, y con el reconocimiento y el amor de los caros objetos á que ha consagrado su existencia?...

ALFREDO LALLAVE.

LOS ALDEANOS DE NOVARA.

La ciudad de Novara en el Piamonte, no llama solo la atención del viajero por su antigüedad, sus quince mil



Aldeanos de los alrededores de Novara.

habitantes, su ciudadela, sus dos grandes recuerdos militares, la derrota de La Tremouille por los suizos en tiempo de Luis XII en 1513, y el noble desastre del rey Carlos Alberto padre de Victor Manuel en 1848, en que fué derrota-

do por los austriacos, y abdicando su trono pasó á morir á los pocos meses devorado de pesar, en Oporto.

Es notable todavía mas esta ciudad, por la gracia de las aldeanas de sus inmediaciones, y sus extraordinarios peinados, cuya descripción nos ahorra el grabado que presentamos á nuestros lectores.

Vamos á referir dos anécdotas de la última guerra, que pintan gráficamente el carácter de los aldeanos de Novara, el espíritu maligno de los hombres, y el compasivo corazón de las mugeres.

Durante la ocupación austriaca, dos mozos de carga alemanes, muertos de cansancio y fatiga, vieron pasar por el camino un campesino novarés montado en un caballo de hermosa estampa, sobre el que con gran trabajo se sostenía, porque estaba borracho como una cuba.

—¡Pardiez! buen hombre, le dijo uno de los dos mozos riendo, debíais vendernos vuestro caballo, porque si seguis montándolo arriesgáis romper el bautismo.

—A fé mía que no deseo otra cosa, respondió el borracho, dejándose resbalar y poniéndose con trabajo en el suelo, y si os gusta la bestia os la dejo por quinientos escudos.

Engolosinados con este precio que atribuían á la embriaguez, nuestros dos alemanes toman por lo serio lo que al principio no era mas que una chanza. Pagan sin regatear, se montan los dos en el caballo y se alejan riéndose. Sin embargo, el borracho cuando hubo recibido su dinero, deseó buena suerte á los mozos y los miró marcharse, después cuando los vio ya á una gran distancia, se metió dos dedos en la boca y dejó oír un grande y agudísimo silbido. Entonces reconociendo el caballo una señal imperiosa á la que estaba sin duda muy acostumbrado, se encabritó, se puso á dar saltos, tiró en el suelo á los dos ginetes, y relinchando corrió á reunirse con su primer amo, que pareciendo desemborrachado de pronto, se colocó de un salto sobre la silla, y desapareció riéndose de los mercaderes enemigos, con mas gana y mas fuerza que ellos se habían reído antes de él.

La embriaguez había sido fingida por el miedo que le habían causado los dos austriacos: la astucia novaresa, hizo lo demás..... es decir, la *anexión* de los quinientos escudos.

La otra anécdota es digna de los tiempos antiguos.

Un convoy de prisioneros croatas se dirigía sobre Novara. Se encontraron en una aldea en presencia de una multitud de esas aldeanas sencillas y dulces que representa nuestro grabado, y particularmente enfrente de un niño de siete á ocho años, que había logrado meterse por entre las piernas de las personas grandes. El chiquillo los mira con atención, y después cuando los hubo mirado bien, los saluda profundamente.

Un coronel que formaba parte del destacamento, y que acababa de ser insultado á algunos pasos de allí, se quedó asombrado y complacido de aquella muestra de deferencia de parte de un niño. Lo cogió entonces en sus brazos y le preguntó en el mejor italiano que pudo:

—¿Por qué nos has saludado, enemiguillo?

—Por qué, respondió, me ha dicho mi madre que érais muy desgraciados.

—¡Ay! Si, hijo mio, dijo enternecido el coronel, derramando lágrimas, haceis bien tú y tu madre en respetar así

la desgracia. Si tuviese alguna cosa que darte por el placer que me has causado, de buena gana te la ofrecería; empero no puedo mas que abrazarte. ¿Quiéres que te dé un beso?

Tendió el niño su sonrosada megilla al prisionero, que le besó con la mas tierna efusión, en medio de la viva emoción de las numerosas espectadoras de aquella escena tan sencilla como interesante.

Añade la tradición, que mientras se cambiaba aquel beso de paz y de perdón entre el niño italiano y el coronel alemán, la madre, las hermanas y las amigas del pequeño novarés, daban de limosna su almuerzo á los pobres soldados enemigos.

Menos largas y menos sangrientas serían las guerras, si los combatientes encontrasen siempre después de haber peleado en el campo de batalla, esta admirable caridad de las aldeanas de Novara!!.....

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

¡PARA EJEMPLO DE QUERER Y ABNEGACION. LA MUGER!

No es ya un mortal, es un ángel,
De Dios un nuncio en la tierra,
Un refulgente destello
De la sabia omnipotencia.

(Duque de Rivas.)

Era una fría noche de invierno, caía la nieve en abundantes copos acompañada por el silbido del cierzo y azotaba las vidrieras de las ventanas con un agudo zumbido, que no dejaba de tener sus encantos para los que encerrados en una habitación bien abrigada se calentaban llenos de frío á una chimenea desafiando así los rigores de la estación. Elegiremos entre estos, dos personajes. Eran el uno una señora anciana de cabellos blancos, noble rostro, aire respetable, que perezosamente tendida en una inmensa butaca enseñaba sus diminutos pies á la llama; el otro, un anciano también, cuyo traje dejaba ver que era un sacerdote, y cuyas dulces miradas y venerable aspecto demostraban que era un hombre de bien. La señora era la baronesa de Risco-Alto, rica propietaria, madre de los pobres de la comarca y el anciano el cura del pueblo cerca del que estaba situada la magnífica casa de campo de la noble señora, y el infatigable dispensador de las continuas limosnas que ésta hacía. Naturalmente hablaban de los pobres.

—Verá vd. á Magdalena, decía la baronesa, ¿no es esto, señor cura? y le doblará vd. la ración ordinaria que le doy, sobre todo de leña, ¡porque, escuche vd. como sopla el viento!... ¡hace un frío terrible!... ¡Dios mio, cuánto deben padecer esas pobres gentes!

—Iré á ver á Magdalena, pues que vd. lo desea, señora, respondió el sacerdote; ¡pero no valdria mas doblar los víveres de Calisto que los suyos....

—¡Se los doblaremos á los dos!... Interrumpió vivamente la baronesa.

El buen cura se sonrió afablemente y meneando la cabeza, dijo:

—¡Ta!... ¡ta!... No se incomode vd., señora, pero es menester que aprenda vd. á echar mejor sus cuentas, tenemos siempre un déficit en el presupuesto, y si vamos doblando á todo el mundo las limosnas concluiremos por hacer bancarota, ¡eso es seguro!

—¡Cómo! ¿ya no tenemos dinero?... exclamó la baronesa, con aire triste y sorprendido.

—Tenemos muy poco, respondió el buen cura, y como decía; á vd. ahora mismo, temo que el invierno sea muy duro; así es preciso economizar nuestros recursos para socorrer una necesidad urgente....

Bajó la baronesa la cabeza y parecía contar por sus dedos.

—Antes de tres meses no tendremos nuevas entradas.... Esto es muy largo.... dijo con un suspiro.

Calló despues y miró atentamente la llama de la chimenea como quien busca en ella un consuelo.

—¿Con que llevaré mañana doble ración al viejo Calisto? dijo el cura. ¿quedamos en eso?

La baronesa levantó hácia él los ojos con tristeza.

—¿Y á Magdalena tambien?... le dijo con voz suplicante: ¡es tan desgraciada!... ¡Es ciega!

—¡Ya salió aquello!... ya lo sé desde hace mucho tiempo, que para los ciegos tiene vd., señora, doble caridad, dijo sonriendo el buen cura, ¿pero ha sido vd. ciega en otro tiempo cuando tanto se compadece de esta enfermedad?

—Yo, no.... dijo la venerable señora, que se quedó toda pensativa, pero lo ha sido un ser á quien he amado tiernamente y en memoria suya me inspiran tanto interés los pobres ciegos.... ¡Me recuerda tantas cosas su vista!... Al terminar estas palabras cayó la baronesa en una profunda meditación.

Respetando el cura el silencio de su venerable amiga, cogió las tenazas de la chimenea y se puso tranquilamente á atizar el fuego: despues levantando los ojos hácia ella, vió que dos gruesas lágrimas se deslizaban lentamente por sus pálidas y arrugadas mejillas.

—Perdóneme vd., señora, le dijo con voz conmovida, que por mi curiosidad haya despertado en su corazón tristes recuerdos: le juro á vd. que lo siento infinito.

La baronesa alargó su mano al sacerdote procurando sonreírse para manifestarle que no se había incomodado, despues le respondió moviendo la cabeza con desaliento:

—¡Qué quiere vd., señor cura! esta es la vida humana, bajo las riquezas se esconde la miseria, y bajo la risa las lágrimas.... No crea vd. que yo haya sido siempre feliz porque me vea vd. ahora tranquila: no, señor, he padecido mucho en otro tiempo.... Si supiese vd. mi triste historia segura estoy de que me compadecería!

—Si vd., señora, me cree digno de su confianza, hace vd. muy bien en creer que tendría todas mis simpatías, replicó el buen sacerdote con un interés que no se hallaba sin embargo esento de algo de curiosidad.

La baronesa pareció agitada, inquieta y lanzando un profundo suspiro:

—Antes de contar á vd. mi historia, le dijo, tendría que confiarle un secreto, y confieso á vd. que titubeo sobre este punto.

—Sin embargo, vd. tiene confianza en mí, señora, dijo afablemente el anciano. ¿No soy su confesor de vd?...

—Ciertamente, padre mio, interrumpió con viveza la ba-

ronesa, empero mi secreto no es un pecado, es una desgracia.

—Pues entonces confíeselo vd. á su amigo, hija mia, respondió el cura con bondad. No encontrará vd. jamás otra persona que mas se interese por vd. que yo.

La baronesa bajó todavía los ojos, y pareciendo tomar una repentina resolución:

—¡Y bien! ¡he sido artista!... dijo vivamente.

—Yo no veo en eso una desgracia, dijo el cura con una sonrisa cual si se aliviase su corazón de un peso: los artistas son los niños mimados de Dios, ¿no los dota mejor que á los demás, pues les da el genio?...

—No me comprende vd., señor cura, repuso con cierta brusquedad inquieta la amable señora. Lo que he querido decirle á vd. es que he sido cómica....

A su pesar hizo el cura al oír estas palabras un movimiento de dolorosa sorpresa, movimiento que la pobre señora interpretó cual si fuese de repulsión, y ocultando su cabeza entre sus manos le dijo derramando lágrimas:

—Ya vé vd. que hacía bien en callarme porque vd. ahora me desprecia....

—Yo no desprecio á vd., hija mia, muy al contrario, la compadezco, dijo el buen cura aproximándose á ella con interés. Todos los caminos, aun los que aparecen mas distantes del cielo, pueden conducirnos al Señor, con tal de que se marche por ellos con el amor y temor de Dios, y tomando por guía su moral: seguro estoy de que jamás vd. se ha separado ni un instante de esto. Abra vd. ese corazón dolorido y encontrará, se lo repito, el de un decidido amigo para compadecerla y consolarla.

Feliz la baronesa, al oír las indulgentes palabras que pronunciaba el hombre de bien, el ministro de Dios, levantó inmediatamente la cabeza y mostrando su rostro cubierto de lágrimas:

—Lloro mis desgracias y no mis culpas, dijo con una modestia llena de dignidad, y ahora que sabe vd. ya mi secreto escuche mi historia y verá que soy mas digna de compasión que de censura por haber seguido el camino que he dicho en mi juventud.

Mi padre era un modesto profesor de literatura de la ciudad de Granada y mi madre la humilde hija de una tendera del mismo punto, tendera poco acomodada que casaba á su hija con mi padre y que quedó completamente pobre y miserable cuando por falta de la salud no pudiendo ocuparse por sí misma en su comercio tuvo que liquidar su corto establecimiento.

Mi padre, que era muy bueno y amaba tiernamente á su muger, abrió con el mayor gusto á la madre de esta la puerta de su pobre casa. Mi abuela apesadumbrada por una parte con su mala salud y por otra con el poco provecho que había sacado de tantos años de trabajo, no tardó en morir, y quedamos solas mi madre y yo al lado de mi buen padre.

Mi madre era una muger sencilla y laboriosa, la única para compañera de un hombre pobre, para decirlo en una palabra.

Así la casa fué su imperio y en ella reinaba sin contradicción, porque lo reducido de nuestras rentas no le permitía tener ni una criada. Ella sola hacía la cocina, limpiaba la casa, arreglaba la ropa, la lavaba y la planchaba, en fin, se lo hacía todo por sí misma.

Creo que he dicho á vd. ya que mi padre era tan sencillo y tan bueno como su virtuosa compañera. Las lecciones que tenía en la ciudad durante el día y las que me daba á mí por la noche constituían la única ocupación de su vida. Naturalmente él se había encargado de mi instrucción, así como mi madre se contentaba en formarme á su imagen y semejanza, es decir, sencilla, honrada y temerosa de Dios.

Tenía yo las mas felices disposiciones tal vez, pero también las lecciones de mi padre me sirvieron de mucho y mas con la paciencia y amabilidad con que me las daba. No había joven alguna á mi lado que recitase mejor que yo una tirada de versos ó bien de los poetas antiguos como Calderón de la Barca, Lope de Vega, Tirso de Molina, Moreto y otros, ó de nuestros trágicos modernos como Cienfuegos y Quintana: sabía de memoria enteras sus tragedias, y cuando mi pobre padre tenía en su casa gentes, lo que sucedía raras veces, le daba un buen rato recitando el papel de Zoraida ó de Hormesinda.

Naturalmente me aplaudían con entusiasmo y mi respetable padre con los ojos llenos de lágrimas declaraba que desde la muerte de Antera Baus y de la Concepción Rodríguez nadie interpretaba mejor las comedias del teatro antiguo y las tragedias como su hija. Lo decía con tal convicción que lo creyeron, y mi reputación se extendió muy pronto desde nuestra modesta casa á toda la ciudad, y á porfía deseaban todos venir á oírme.

Entonces, instintivamente tuvo miedo de mis triunfos mi buena madre, y declaró á mi padre que no criándose para cómica, exigía que desde entonces renunciase completamente á la literatura, y me enseñase á cuidar y planchar la ropa, arreglar una casa y poner un puchero.

Refunfuñando cedió mi padre á estas prudentes observaciones, pero al fin cedió en cuanto á los alardes y exhibiciones que de cuando en cuando hacía de mis nacientes talentos y adelantos; cesaron, y declamaba para él solo ó para mí las obras maestras de nuestra bella literatura, por la noche.

Así marchaban las cosas cuando cayó malo mi pobre padre. Al pronto creímos que era una sencilla indisposición, causada por un resfriado, pero prolongándose la tos y habiendo tenido el médico que le asistía la imprudencia, por no decir la dureza, de pronunciar un día delante de nosotros la palabra enfermedad del pecho, caímos mi madre y yo en una violenta desesperación mientras el pobre paciente, levantando sus ojos al cielo con resignación parecía hacer el sacrificio de su vida que tan pronto iba á perder, pero fijando sus miradas en nosotras no pudo contener sus lágrimas.

—¿Qué será de vosotras, queridas, cuando yo no esté aquí para ganarnos el pan de cada día? Nos dijo con voz conmovida.

¡Ay! no era preciso que nos faltase para que careciésemos de pan, porque no pudiendo dar las lecciones que eran toda su riqueza, y gastadas las pequeñas economías que teníamos en su enfermedad lo pasábamos muy mal.

Desde luego y sin quejarse fué vendiendo mi madre una á una todas sus alhajas, después los muebles y los efectos de algun valor. Por último, llegó el día en que nos hallamos en la mas completa desnudez, desnudez que había tenido gran cuidado de ocultar á nuestro querido enfermo, que muy al contrario, se admiraba alegremente de la abun-

dancia y frecuencia con que á fuerza de privaciones lográbamos proporcionarle alguna nueva golosina que escitase su apetito.

Tenía yo entonces diez y ocho años, era una muchacha alta, bien parecida, muy desarrollada para mi edad, y quise trabajar. ¿Pero á qué trabajo dedicarme? á lo mas servía para ser doncella de una casa, porque no tenía ninguno de esos talentos que sirven para sostener á una muger en su desgracia.

Se habló de nosotras con interés en la ciudad, donde era mi padre muy bienquisto, se compadeció, y trataron de sernos útiles algunos padres de los hijos á quienes el mío daba lecciones de literatura, y organizaron desde luego sin avisármelo una función por suscripción en el Liceo, función en que debía de salir yo en algunas piezas de declamación.

Un poco por caridad y un mucho por curiosidad, ello es que se arrebataron todos los billetes de la función. La suma que se sacó fué bastante buena para que el inventor de la idea pudiese hacerme consentir en presentarme en el Liceo, aunque antes no había tomado mi consentimiento.

Temblé y palidecí, pero la necesidad de mi padre era apremiante. Con aquel dinero tratábamos de ensayar un nuevo método, porque siempre esperábamos salvarle, y así no vacilé, ni mi madre tampoco.

Con estrema rapidez llegó aquella terrible noche de la función, porque tan lentas como son las horas cuando se espera su llegada, tan prontas marchan cuando se las teme que lleguen. Subí con una emoción que no podré explicar á vd. á las tablas del Liceo.

Al verme espuesta así en presencia de todos, un velo cubrió mi vista, un sudor frío corrió por mi frente y pedí á Dios que me tragase en el fondo de las entrañas de la tierra. Poco á poco me tranquilicé pensando en mi padre, en nombre del que devolvía la limosna que él había recibido, comencé á recitar mi papel, y dando mi emoción, según parece, un nuevo encanto y atractivo á mi voz, me aplaudieron con un loco entusiasmo, me arrojaron ramos de flores, y me acompañaron casi en triunfo á mi casa.

Era esta demasiada gloria para una pobre muchacha como yo, así es que mi cabeza de diez y ocho años, casi se trastornó por el incienso y por el orgullo.

Entre los espectadores mas empeñados en oírme, se hallaba el director del teatro principal de Valencia, que viajaba para contratar artistas y formar su compañía. Le habían hablado de mí como de una maravilla y quería juzgar por sí mismo si había exageración en esta fama. Debió sin duda de quedar satisfecho, porque al día siguiente, muy de mañana, llamaba á la puerta de nuestra modesta habitación.

Felizmente, mi padre dormía todavía en aquel momento, porque vd. comprenderá, señor cura, que habíamos guardado con mi padre el mas profundo misterio sobre esta función. Mi madre fué la que le recibió con gran sorpresa, porque no teníamos costumbre de recibir á ningún forastero en casa. Su sorpresa llegó á su colmo cuando oyó la proposición que venía á hacernos.

El director venía á ofrecernos un ajuste para su teatro, ajuste que esperaba obtener á bajo precio, cuando se hubo hecho cargo de la modestia, por no decir la miseria, en que vivíamos.

—Pero mi hija no es una actriz, caballero..... exclamó mi madre con los ojos encendidos de cólera.